

51/67

PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS  
ECONOMICAS Y FINANCIERAS

DINAMICA ESTRUCTURAL  
Y  
DESARROLLO ECONOMICO

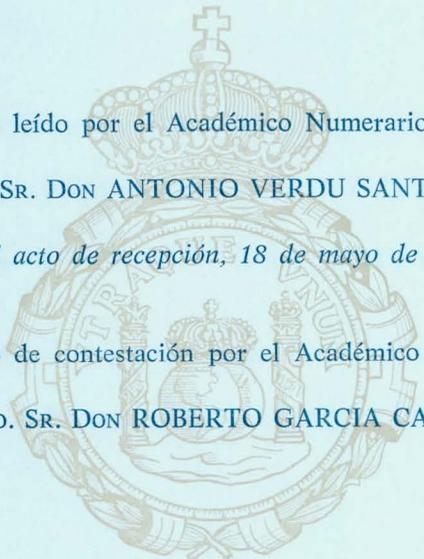
Discurso leído por el Académico Numerario, Electo,

ILMO. SR. DON ANTONIO VERDU SANTURDE

*en el acto de recepción, 18 de mayo de 1967*

y Discurso de contestación por el Académico Numerario

ILMO. SR. DON ROBERTO GARCIA CAIRO



BARCELONA

1967



DINAMICA ESTRUCTURAL  
Y  
DESARROLLO ECONOMICO



PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS  
ECONOMICAS Y FINANCIERAS

DINAMICA ESTRUCTURAL  
Y  
DESARROLLO ECONOMICO

Discurso leído por el Académico Numerario, Electo,

ILMO. SR. DON ANTONIO VERDU SANTURDE

*en el acto de recepción, 18 de mayo de 1967*

y Discurso de contestación por el Académico Numerario

ILMO. SR. DON ROBERTO GARCIA CAIRO

B A R C E L O N A

1 9 6 7

**La Academia no se hace responsable  
de las opiniones expuestas en sus propias  
publicaciones.**

*(Art. 39 del Reglamento)*

Excmos. e Ilmos. Sres.

Señoras y Señores:

Me corresponde hoy el honor de ingresar en la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras. Sean mis primeras palabras para agradecer a los miembros de esta alta Institución la enorme satisfacción que me han proporcionado al recibirme en su seno como Académico. Esto es tan obvio que no necesita mayores comentarios. Sí es necesario, en cambio, exponer aquí, públicamente, las razones de aquella satisfacción.

He deseado ingresar en la Academia porque ello significa mi vinculación definitiva a una Institución Científica y para mí estos dos conceptos, «institución» y «científico», encierran la clave del futuro, del porvenir de este mundo en el cual nos ha correspondido la suerte irrenunciable de vivir. Pues bien, si hemos de vivir —y vivir significa hacer, evolucionar, cooperar— el óptimo de nuestras aspiraciones, ha de ser participar como pieza activa en los engranajes que mueven al mundo social y estos engranajes son, sin duda alguna, las instituciones, ya que si en el plano de lo sustancial la vida social se manifiesta a través de su diversidad de contenidos (jurídico, político, económico, etc.), en el orden formal esta vida social adquiere expresión concreta y pervivencia activa a través de las instituciones, que situadas al margen de las veleidades en los gustos y las modas, de los cambios circunstanciales en las corrientes de opinión, de los avatares necesariamente acomodaticios y posibilistas de la política, constituyen los núcleos depositarios de la cultura en los cuales cristalizan los elementos sustanciales de la vida social y germinan las creaciones que jalonan el progreso. Y no se considere este juicio una pura teorización, ya que si alguna institución no cumpliera dichas funciones sencillamente no merecería tal nombre e incurriría en fraude a la colectividad que le ha confiado misiones trascendentes y socialmente vitales.

Ahora bien, las instituciones pueden tener muy diverso contenido específico según su objeto y yo personalmente —esto es ya cuestión de

gustos— siento preferencia por el campo científico, aunque continúe siendo en él un modesto aprendiz. Sin embargo, mi inclinación es evidente por cuyo motivo y tal vez apriorísticamente creo que la ciencia es el aspecto de nuestra vida que va adquiriendo más acusada y amplia importancia. A nadie se le oculta el incesante aumento en todos los países de los gastos públicos y privados dedicados a la investigación y la promoción de la ciencia como consecuencia de la creciente aplicación de los procedimientos científicos a los más heterogéneos campos: la guerra, la política, la convivencia, los negocios e incluso el amor. Por otro lado el constante crecimiento de la población y el paulatino agotamiento de los recursos naturales hacen que nuestras esperanzas para el futuro se cifren en el descubrimiento de procedimientos nuevos, de nuevas relaciones, ideas y posibilidades, lo que unido a la mayor disponibilidad de horas libres por aumento de la mecanización y consecuente reducción de la jornada laboral, ha servido de fundamento para afirmaciones radicales respecto al halagüeño futuro de la ciencia, como la del presidente de la denominada «Comisión del año 2000», DANIEL BELL, quien asegura que «nos dirigimos hacia una Sociedad post industrial cuyas instituciones claves serán las Universidades, los Organismos de Investigación, y no ya las empresas industriales y comerciales». Aunque esta situación no asoma aún en el horizonte de nuestras perspectivas y aunque la empresa siempre será un centro neurálgico de la vida social, es evidente que la importancia relativa de la ciencia en nuestro mundo sigue un ritmo decididamente ascendente y acelerado, y que ante las instituciones científicas se abre un luminoso porvenir.

Y pasemos ya al tema de nuestra disertación hoy: *la dinámica estructural y el desarrollo económico*.

\* \* \*

El concepto de desarrollo —y más concretamente desarrollo económico— se ha convertido en un tópico de nuestros tiempos. Las publicaciones recientes en cuyo título figura la palabra «desarrollo» son realmente innumerables. Parece como si el proceso de la economía, las directrices de la política económica, la organización económica internacional e incluso la mentalidad económica de especialistas y profanos girase actualmente en torno a la idea de desarrollo. Ante una realidad tan manifiesta es necesario que nos preguntemos: ¿Cuál es la causa de este hecho? ¿Es que el mundo no se había desarrollado hasta ahora? ¿Se pre-

tende solamente presentar con etiquetas nuevas fenómenos viejos, o realmente se trata de un fenómeno moderno?

Sin entrar en disquisiciones etimológicas de dudoso valor práctico en esta ocasión, es evidente que desarrollo significa consecución o realización de un proceso previsible y normal. Se ha llegado al desarrollo cuando se han superado las etapas previas, preliminares a lo que lógicamente debe de ser. Por contraposición, subdesarrollo es lo incipiente, inmaduro o inadecuado a las posibilidades normales, fisiológicas o potenciales. Es difícil señalar cuándo un país está económicamente desarrollado de manera plena; pero sí sabemos que está subdesarrollado cuando no ha conseguido los niveles de renta, producción o bienestar que corresponden a las realizaciones alcanzables con los recursos presentes de la ciencia y la técnica. El concepto de desarrollo se nos ofrece por lo tanto, históricamente, como una reacción ante el hecho insoslayable, abrumador del infradesarrollo. Es decir, el desarrollo es algo meramente relativo que surge en el campo de la problemática económica como resultado de una comparación entre lo que normalmente debe de ser y lo que de hecho es. En esta característica comparativa radica su diferencia con el concepto de evolución, de sentido absoluto, que nos indica la transformación contante del mundo socioeconómico mediante la superposición de estadios que forman el devenir de la Humanidad hacia la consecución de sus fines. La evolución se da siempre puesto que constantemente el mundo está cambiando, renovándose, innovándose. Pero el hecho de que una colectividad evolucione no siempre significa que esté desarrollada; puede haber desarrollo con poca evolución y evoluciones que no han llegado al desarrollo. Es pues su contenido relativista lo que caracteriza al concepto de desarrollo y justifica, al menos en parte, la moderna generalización de dicho concepto en el análisis económico, en la práctica de la política económica y en la conciencia de los hombres. Fue necesario que llegásemos al abandono de los absolutismos tajantes y posturas exclusivistas, que los distintos países de la Tierra se situasen en un plano de humana igualdad para que las comparaciones interregionales adquiriesen la plenitud de su significado. Cuando era usual el dominio más o menos monopolista de algunos núcleos privilegiados y cuando la hegemonía económica de unos pocos era signo característico de la estructura económica mundial, entonces se aceptaba como un hecho evidente, casi natural, las diferencias abismales entre las distintas áreas mundiales. Pero sucedió que un conflicto bélico, provocado por indudables afanes de dominio —más o menos justificados con exigencias de espacio vital, reivindicaciones históricas o defensa de privilegios— desembocó

en un reconocimiento expreso, por movimiento pendular, del derecho a un nivel de vida decoroso y racional de todos los ciudadanos del mundo sin distinción de razas, religión o ideología. Entonces el mundo tuvo conciencia plena de que era necesario el desarrollo de las regiones atrasadas.

\* \* \*

Sin entrar en el aspecto axiológico, ciñéndonos a meras situaciones de hecho analicemos, para confirmar lo dicho anteriormente, cómo se ha generado y distribuido la riqueza de nuestro mundo.

Desde 1870 a 1950 la producción mundial experimentó un aumento lento, pero constante, variando la tasa de crecimiento anual de la mayor parte de los países entre el 1,5 y 3,5 %. A partir de mediados del siglo actual este ritmo se acelera y la tasa media mundial rebasa el 4 %, llegando en algunos países a tasas superiores al 7 e incluso el 8 %. Los resultados de este crecimiento se hacen más evidentes si consideramos que entre 1950 y 1961 el producto bruto mundial aumentó en un 60 % mientras que el aumento de la población no alcanzaba la mitad de dicha cifra. Esto parece indicar que la situación económica mundial mejoraba sensiblemente, máxime si tenemos en cuenta que a dicho 60 % se llegaba como resultado de una elevación del 70 al 85 % en los países subdesarrollados, en tanto que en los ya desarrollados se mantenía por debajo del promedio. No obstante, la triste realidad es que por efecto de la irregular presión demográfica, el porcentaje de población mundial subalimentada pasó de un 40 % en los años precedentes a la última guerra mundial, a un 60 % en la actualidad.

Para captar mejor las grandes dimensiones de la desigualdad económica habremos de penetrar en la composición territorial de la renta mundial. A tal fin, situándonos en 1962 veamos cómo se distribuía esa renta mundial. Tomando como términos de comparación sólo amplias áreas nacionales, la renta media per cápita oscilaba entre 75 y 2.690 dólares anuales. Es decir, después de aplicar la eliminación de valores extremos que implica todo promedio, los niveles de vida en el mundo guardaban todavía la abrumadora proporción 1/35. Refiriéndonos a conjuntos mundiales mayores resulta que en tanto el grupo formado por China, Pakistán e Indonesia, que comprendía el 43 % de la población mundial, obtenía rentas anuales per cápita entre los 75 y los 85 dólares, los países de Europa oscilaban entre los 500 y los 2.000. Si ahora clasificamos todos los países en dos grandes grupos, desarrollados y subdesarrollados,

resulta que los primeros, con sólo un 30 % de la población, obtienen el 85 % de la renta mundial. La diferencia es aún más acusada si nos referimos a la actividad industrial en cuanto expresión decisiva del progreso económico, pues resulta que aquel 30 % obtiene el 95 % de la producción industrial del mundo, cuya excesiva polarización es tan acusada que sólo cinco de los países que forman el 30 % desarrollado obtienen casi las tres cuartas partes de la producción industrial mundial, disfrutando así de una excepcional situación absoluta y además una ventajosa posición relativa por razón de su favorable relación real de intercambio.

Las consecuencias de tan desigual distribución son claras y contundentes: más de la mitad de la Humanidad está insuficientemente alimentada y todos los años mueren de hambre 35 millones de personas, cifra que contrasta trágicamente con los 21.000 millones de dólares (la renta nacional de España) que aproximadamente se gasta U. S. A. por año en la guerra de Vietnam.

\* \* \*

Expuestos estos datos que a pesar de su objetividad tienen cierto sabor demagógico, veamos hasta qué punto están justificadas las grandes diferencias entre las diversas economías mundiales. ¿Son naturales estas diferencias y debemos resignarnos ante un rígido determinismo? En cualquier caso, ¿es una sola o varias las causas determinantes de tales diferencias? Para despejar estas incógnitas podemos empezar por admitir que la mera observación de la realidad nos demuestra la invalidez del determinismo estructural monista tantas veces defendido desde los más variados terrenos. Las tesis de GOBINEAU, RATZEL, FOURASTIÉ, COLIN CLARK, etc., nos hablan de cierto fatalismo social debido a la acción decisiva de algún factor privilegiado, el cual factor varía, como sabemos, según los diferentes puntos de vista de cada autor. Estas tesis van perdiendo terreno y, por el contrario, se extiende la idea indeterminista que rechaza toda relación rígida de causalidad. El factor geográfico, por ejemplo, que parece ejercer un efecto decisivo sobre la situación económica, ha quedado demostrado que si bien favorece o dificulta en cierto grado el desarrollo no constituye —salvo casos extremos— ni una causa determinante ni un límite condicionante pues, entre otras razones, es obvio que históricamente los polos de prosperidad económica han estado radicados en muy distintas zonas geográficas y han correspondido a distintas razas; ello ha sucedido porque no son las condiciones naturales ni

las étnicas los únicos elementos determinantes. Por el contrario, la experiencia nos enseña que los recursos sólo existen en razón de cada estado concreto de la técnica; que regiones con las máximas analogías obtienen muy diversos grados de desarrollo; que países de condiciones naturales y políticas muy diferentes logran análogas tasas de crecimiento; que naciones con apreciables ayudas y favorables condiciones no consiguen salir de la depresión en tanto que otras peor dotadas llegan a superar dificultades de todo orden. Y esto se debe a que el desarrollo es un problema sumamente complejo en el que los aspectos geográficos y tecnológicos se mezclan con los políticos y sociales formando una masa en la que es difícil percibir con nitidez la influencia de cada ingrediente. El desarrollo es esencialmente una transformación, un proceso evolutivo en el que actúan dichos ingredientes en relación de recíproca dependencia y que como dice SCHUMPETER (1) «consiste primordialmente en emplear los recursos existentes de un modo diferente, en hacer nuevas cosas con ellos, independientemente de si dichos recursos han aumentado o no». Es decir, el desarrollo no depende sólo de la riqueza de unos yacimientos o la bondad de unas leyes, a pesar de que los hombres, por economía del esfuerzo, tiendan a cifrar su prosperidad en panaceas ajenas al propio esfuerzo personal.

\* \* \*

Estas consideraciones nos enfrentan con la mecánica del desarrollo. Pero antes de entrar en el estudio de los determinantes de este fenómeno, y por las razones ya apuntadas, es necesario aclarar cómo se manifiesta el subdesarrollo. Desde luego, no se puede señalar de manera exacta cuáles sean los requisitos del subdesarrollo puesto que no existe un patrón aplicable a todos los casos. La heterogeneidad dinámica de las estructuras imprime a cada una peculiaridades singulares que dificultan la generalización. Podemos, sin embargo, destacar las características más comunes de los países subdesarrollados y que expuestas sistemáticamente son:

Respecto a los factores naturales, la existencia de recursos ociosos, ya porque sean desconocidos, no utilizados, utilizados sólo parcialmente o mal utilizados. Aquí desempeña un importante papel la técnica pues hace posible el óptimo aprovechamiento mediante la obtención de mayor

(1) J. SCHUMPETER: «The Theory of Economic Development». Cambridge, 1949.

producto con unos recursos dados o de igual producto con menores recursos.

En el aspecto demográfico es característico un elevado índice de fertilidad, parcialmente compensado por una elevada mortalidad infantil, que unidos a la falta de restricciones en los nacimientos dan como resultante un coeficiente de crecimiento demográfico anormalmente alto.

Por lo que se refiere al orden social es frecuente la inestabilidad política, el excesivo autoritarismo y baja proporción de las clases medias.

Respecto a cultura destaca una elevada proporción de analfabetismo, reducida proporción de población escolar en la enseñanza superior, ausencia casi absoluta de investigación científica y, en general, bajo nivel cultural.

Dentro de los aspectos económicos, y por lo que se refiere al consumo, encontramos, como consecuencia del bajo volumen de renta y su desigual distribución, niveles de vida insuficientes que provocan la subalimentación de una gran parte de la población.

La nota más destacada por lo que se refiere a producción es el predominio del sector primario, asentado sobre una agricultura primitiva sin racionalización ni mecanización.

Y, por último, en el orden financiero destaca la imperfección del sistema bancario que unida a la escasez de ahorros conduce a un bajo nivel de capitalización y, consecuentemente, a una incipiente industrialización. Este es uno de los puntos claves del desarrollo por las dificultades que plantea la rotura del famoso círculo de la miseria, detrás del cual se agita el fenómeno sociológico de las costumbres pues los países subdesarrollados, al pretender imitar los hábitos y tipos de consumo de los desarrollados, impiden la formación de un ahorro indispensable para financiar la inversión neta o formación de capital y sin la cual es imposible superar su inferior situación. Esto significa que toman sólo una parte de las actitudes de las áreas avanzadas adoptando sus costumbres consumidoras pero no sus formas productoras.

Si ahora contemplamos las economías subdesarrolladas en una visión de conjunto, apreciaremos inmediatamente dos rasgos típicos: su pasividad y desarticulación.

La pasividad se manifiesta en la ausencia de una firme y constante voluntad de desarrollo, en la insuficiencia de las incitaciones a la producción y la inversión. El desarrollo exige un intenso deseo de elevación económica, de alto consumo, en cuanto impulso motivador de un mayor esfuerzo productivo para alcanzar los ingresos deseados. Y simultáneamente un firme propósito de invertir, una predisposición para aumentar

la capacidad productiva. Estas dos magnitudes, deseo de consumir (no propensión al consumo) y decisión de invertir, aunque interdependientes, actúan con fuerza propia dentro del proceso de desarrollo al que podemos cifrar en proporción directa a su intensidad.

El otro rasgo típico es la desarticulación por falta de coordinación sectorial, por imperfecta adecuación entre los medios y los fines y de compatibilidad entre los diversos fines. Todo lo cual motiva desajustes funcionales, desfases temporales y desequilibrios regionales; situaciones que debemos diferenciar de las llamadas crisis de crecimiento y de las fluctuaciones cíclicas propias de las complejas economías desarrolladas y que hoy en día pueden ser eficazmente atenuadas con los recursos de la moderna política económica. Pero aunque esto no fuera posible y los movimientos coyunturales se presentasen como secuela inevitable del desarrollo o precio del progreso, bien vale la pena pagar este precio porque siempre será preferible la fluctuación a un alto nivel que la estabilidad en la pobreza.

\* \* \*

Así desembocamos en otro fenómeno concomitante del proceso de desarrollo y que es la inflación. No corresponde al tema de nuestra disertación el análisis de la estabilidad y aún menos adoptar partido ante la conocida polémica entre monetaristas y estructuralistas. Sin embargo, no podemos dejar de señalar el hecho de que una de las consecuencias del desarrollo es la presión inflacionista cuyos perturbadores efectos no pueden ser plenamente superados con sólo medidas monetarias y fiscales encaminadas a frenar la elevación de los precios. Y sucederá de esta manera porque además de la inflación coyuntural provocada por eventuales desajustes en el funcionamiento del mecanismo económico, existe una inflación estructural, de raíces más hondas, inducida por las tensiones que se generan en el proceso largo de transformación de las estructuras, o dinámica estructural, que constituye en definitiva la esencia del desarrollo.

En dicha modalidad de la inflación piensan los defensores de la concepción estructural, quienes generalizando su punto de vista sostienen, como ha puesto de manifiesto GARRIGOU-LAGRANGE (1), que «la inflación no es un fenómeno accidental y pasajero que se produzca de vez

(1) ANDRÉ GARRIGOU-LAGRANGE: «Sistemas y Estructuras Económicas». Valladolid, 1967.

en cuando por razones históricas (al sobrevenir una guerra, por ejemplo) o por razones de alternativa cíclica. La inflación es un fenómeno continuo debido a causas permanentes que se operan a largo plazo». Para justificar tal tesis señala BIACABE (1), citado por el mismo autor, que «esta afirmación fundamental y nueva en la teoría de la inflación es la consecuencia de la elección de una óptica de período largo inherente a las alternativas del análisis en términos de estructura».

En cualquier caso, el tipo de inflación a que nos venimos refiriendo únicamente puede ser atacada, como es obvio, en su propio terreno, el de la estructura, toda vez que, según sabemos, nace debido a que la expansión mediante la cual se manifiesta todo desarrollo fuerza a los diversos sectores de la economía a operar necesariamente más allá de sus posibilidades básicas inmediatas. Ello significa reestructuración, cambio, y los cambios acarrear distorsiones: el sistema financiero ya no está a la altura de las exigencias impuestas por una inversión más diversificada y un movimiento crediticio más fluido; el inevitable crecimiento de las importaciones es superior al aumento de la capacidad exportadora; la necesidad de una mayor producción en cantidad, calidad y variedad exige una reestructuración de la industria, la cual puede carecer de la suficiente capacidad de adaptación; la producción agrícola no crece con la velocidad adecuada debido a las insuperables presiones de las taras institucionales. En síntesis: el aumento de la renta nacional, su redistribución y las consiguientes modificaciones en el comportamiento de los sujetos económicos provocan la aceleración del gasto y un crecimiento de la demanda ante el cual no todos los sectores económicos responden con la debida flexibilidad y sincronización, originándose tensiones estructurales que a su vez conducen inevitablemente a alzas de precios cuyos nocivos efectos, cuando degeneran en un proceso acumulativo, no pueden ser paliados con medidas puramente monetarias incapaces de llegar a la raíz estructural del mal.

\* \* \*

Analizadas las características del subdesarrollo y algunas singulares secuelas dinámicas, interesa acotar el camino que conduce a la superación de dicho estado. Para ello resulta en principio aleccionador comprobar las transformaciones que se vienen operando en las regiones en

(1) PIERRE BIACABE: «Analyses contemporaines de l'inflation». Recherches économiques. Sirey, 1962.

vías de desarrollo. Entre las muchas que cabría señalar sobresalen los cambios en la distribución de la renta, las variaciones en los precios relativos de los diversos productos, los movimientos de las ideas y estructuras políticas, las modificaciones en la distribución demográfica entre la ciudad y el campo, la redistribución de la mano de obra entre las distintas actividades, etc., etc. Respecto a la producción concretamente se da, como ha destacado PIERRE MAILLET (1), baja del índice de ocupación en agricultura e industria textiles, del vestido, madera y muebles, y alza en la metalurgia, químicas, construcción y transporte.

A pesar de la expresividad inmediata de estas referencias específicas o cualesquiera otras análogas, una proyección casuística de este tipo nos haría perder de vista el problema de conjunto que es condición previa para un adecuado encasillamiento de las ideas. Será conveniente, por lo tanto, situar el problema en un marco teórico que permita la explicación lógica de los cambios experimentados por los factores económicos como consecuencia de un proceso que se realiza a lo largo del tiempo. A tal fin, siguiendo a LEONTIEF (1), empezaremos por admitir que «dentro del armazón de un sistema teórico explícitamente formulado, el cambio económico puede explicarse ya como cambio estructural, ya como proceso dinámico. En el primer caso, la variación de las variables dependientes está simplemente en relación con los cambios subyacentes en algunos datos básicos; en el segundo caso se considera como dada la ley de los cambios, es decir, construida dentro de la estructura del esquema explicativo. La ley de los cambios puede, naturalmente, variar con el tiempo; éste es el caso de variación estructural en un sistema dinámico.

Al considerar estas distinciones es importante recordar que se refieren a diferencias en las teorías, es decir, a diferentes métodos de describir y explicar los hechos observados, en vez de a algunas propiedades intrínsecas de la misma realidad observada. Las teorías alternativas, en vez de ser mutuamente excluyentes, pueden estar además jerárquicamente relacionadas con cada una de las otras entre sí». Y para llegar a la unificación metodológica que es consecuencia de dichas interrelaciones será preciso poner de relieve la verdadera naturaleza del desarrollo. El mejor medio para conseguirlo es aclarar la diferencia entre este concepto y otro con el que frecuentemente es confundido, por existir entre ambos ciertas analogías. Nos referimos al crecimiento. Crecimiento significa sencilla-

(1) PIERRE MAILLET: «La Croissance Economique». P.U.F. París, 1966.

(1) W. LEONTIEF: Structural Change - Studies in the Structure of the American Economy. New York, 1953.

mente aumento de las magnitudes económicas. Existe crecimiento cuando aumenta la renta, la producción, el consumo, la exportación. Sin embargo, esto se puede lograr ya sea sin variar las condiciones básicas, o bien como consecuencia de un cambio de dichas condiciones (recordemos la conocida distinción entre fenómenos de estructura y fenómenos de coyuntura o, también, entre las variaciones a corto y a largo plazo). Es decir, el crecimiento será lo genérico y desarrollo lo específico, pues puede haber crecimiento sin desarrollo pero no desarrollo sin crecimiento o, dicho de otra forma, éste es condición necesaria pero no suficiente de aquél. Expresado en términos matemáticos y refiriéndonos a una de las magnitudes macroeconómicas más representativas, la producción, vemos que puede lograrse un aumento de su volumen, para una función de producción dada, mediante el incremento de las variables independientes, que serán los medios de producción. Pero también pueden lograrse mayores valores de la variable dependiente, para medios de producción constantes, cuando cambia la función, cuando la curva se desplaza. Entonces nos encontramos ante una familia de curvas representativas de distintas situaciones estructurales y el problema estructural consistirá, por lo tanto, en el análisis de aquel desplazamiento, lo que equivale a considerar el fenómeno genérico del crecimiento como dependiente de la variación de los parámetros en el tiempo. De esta manera se pone de manifiesto que el desarrollo económico queda reducido a un problema de dinámica estructural. Esta dinámica es un proceso permanente (contemplado en su dimensión temporal) y mundial (en su dimensión espacial) puesto que las estructuras están sometidas a una incesante evolución por presión de los cambios culturales, sociales y tecnológicos. Es difícil concebir una estructura netamente estática, de igual forma que no concebimos un mundo permanentemente invariable. Ahora bien, donde surgen las diferencias es en la intensidad de la transformación que va desde los cambios lentos apenas perceptibles —que no merecen la plena consideración de desarrollo— y que se dan cuando predomina el atavismo, la apatía y el conformismo, hasta las evoluciones radicales, aceleradas, propias de las épocas de tensión y que presentan rasgos semejantes a los de una verdadera revolución. La intensidad depende de la mentalidad de la época, de su actitud ante la vida, la cual oscila desde el «no hay nada que hacer» hasta el «todo está por hacer». Es decir, el ritmo de evolución depende del conjunto de concepciones, creencias y aspiraciones de la colectividad en cuanto factores integrantes de la mentalidad social, condensados y conformados en lo que llamamos instituciones y puestos de manifiesto en los giros sucesivos que experimenta el

proceso económico a partir de lo que, empleando la terminología de JASPERS (1), podríamos llamar los «tiempo-eje» de la economía, y de los cuales hallaremos ejemplos en todas las épocas y países, como son el Zollverein o Unión Aduanera de los Estados Alemanes en 1834; la implantación por Inglaterra del libre cambio en 1846; la apertura de Japón al comercio exterior en 1854; y ya más recientemente el New Deal de Norteamérica en 1932 o el Tratado de Roma en 1957, constitutivo de la Comunidad Económica Europea.

\* \* \*

Siguiendo un orden metodológico deberíamos ocuparnos ahora de la continuidad o discontinuidad de la dinámica estructural y su computación mediante la estática comparativa; del grado de plasticidad de las estructuras; de la velocidad y tendencia de los desplazamientos, etc., etc. No obstante, dejaremos estos problemas técnicos que nos obligarían a recorrer senderos tortuosos y fijaremos nuestra atención en los aspectos más evidentes de la dinámica estructural entre los cuales destaca la especificación de los factores promotores del desarrollo.

Es frecuente que se identifique el subdesarrollo con la escasez de capitales y, consiguientemente, se atribuya a la inversión un papel prioritario en la dinámica estructural. Indudablemente esta magnitud desempeña un relevante papel toda vez que los países atrasados precisan una mayor inversión infraestructural. Ahora bien, como quiera que los rendimientos de esta inversión no son inmediatas y en ellos, por lo tanto, la relación marginal capital-producto es anormalmente elevada, resulta difícil superar tal situación y esto sólo será posible a largo plazo teniendo en cuenta que dichos países, debido a su bajo índice de renta, normalmente no pueden alcanzar tasas de inversión bruta superiores al 20 %, de las cuales alrededor del 8 % corresponde a amortizaciones por lo que la inversión neta apenas puede sobrepasar el 10 %. En estas condiciones y puesto que el coeficiente de capital en los países no industrializados es aproximadamente 4, llegaremos a la consecuencia de que en circunstancias normales se precisarán casi cuarenta años para duplicar la cifra de capital, condición mínima en muchos casos para iniciar el despegue, aún sin tener en cuenta la corrección correspondiente al agravante representado por las elevadas tasas de aumento demográfico. No queda, pues, otro camino que forzar un ritmo acelerado de incremento

(1) KARL JASPERS: «Origen y meta de la Historia». Madrid, 1953.

de la renta nacional que permita una más elevada inversión cuyos efectos acumulativos son crecientes y duraderos habida cuenta —aparte del efecto multiplicador— de la prolongada vida media operativa del capital que puede cifrarse en cincuenta años (10 a 15 para maquinaria y 80 a 90 para infraestructura).

Resumiendo, la inversión es insuficiente en condiciones normales y la única forma de elevarla es forzar el crecimiento de la renta. Esto nos lleva ya a la cuestión medular: ¿de qué depende el incremento de la renta? Dejando a un lado afirmaciones a ultranza que sólo sirven para crear confusión y antagonismos, y tomando como única base datos reales objetivos, encontraremos que ajustes estadísticos realizados en diversos países sobre la función de producción de Cobb-Douglas diferenciada, han dado como resultado unos coeficientes para el factor capital comprendidos entre 0,2 y 0,4 y para el factor trabajo entre 0,6 y 0,8. Estos resultados son análogos a los obtenidos por DENISON (1), quien ha estimado que para el período 1909-1957 del total incremento de la renta nacional correspondió una participación del 70 % al factor trabajo (incluido progreso de los conocimientos y educación), un 20 % al factor capital y un 10 %, aproximadamente, a las economías en la dimensión de las explotaciones.

De estos datos se obtiene la trascendente deducción de que el elemento primordial en el desarrollo es el trabajo o factor humano. Con esta conclusión hemos dado un decisivo paso adelante; sin embargo, aún queda por aclarar cuál de los múltiples aspectos de dicho factor es el dominante, habida cuenta que el análisis de su influencia se puede enfocar desde muy diversos puntos de vista. Algunos de carácter unilateral como en las tesis de SCHUMPETER y SPIETHOFF, que consideran al empresario innovador como el principal motor del desarrollo, o en la de KUZNETS que ve en el crecimiento de la población la razón primordial. Otros puntos de vista abarcan el factor trabajo como un problema diversificado en múltiples determinantes. Así, por ejemplo, KURIHARA (1), en un *planteamiento cuantitativo* establece la distinción entre «trabajo disponible (fuerza de trabajo dependiente del crecimiento de la población), el trabajo empleado (la fuerza de trabajo empleada realmente de acuerdo con los cambios de la demanda efectiva y contando con un volumen

(1) EDWARD DENISON: «The sources of economic growth in the United States». Committee for Economic Development, 1962.

(1) KENNETH K. KURIHARA: «La Teoría Keynesiana del Desarrollo Económico». Madrid, 1966.

de capital determinado), y el trabajo necesario (la cantidad máxima de trabajo que potencialmente podría utilizarse mediante el completo aprovechamiento del equipo existente según la pauta dada por la demanda efectiva, y que puede modificarse como resultado de un cambio en el equipo capital o en la productividad del trabajo)».

USHER (2), entrando en el *aspecto psicológico* establece tres modalidades determinantes del trabajo humano, a saber: actividades innatas que son las no aprendidas o instintivas; actos de habilidad o pericia que son adquiridos bien mediante un aprendizaje formal, bien por imitación individual y, por último, actos inventivos de perfección expresados en procedimientos nuevos resultantes de conocimientos y experiencias anteriores. Cada uno de ellos desempeña un papel singular en el proceso de formación de la producción y cabría establecer un orden de prioridad según el grado de influencia.

ROSTOW (1), situándose en el plano de la *conducta colectiva* cifra la marcha del proceso en seis propensiones que agrega a las ya señaladas por KEYNES y a la cabeza de las cuales coloca las que condicionan la actividad productiva del hombre, como son: la propensión a desarrollar la ciencia fundamental; la propensión a aplicar la ciencia a la vida económica; la de aceptar las innovaciones y la de buscar el progreso material.

Por último, es inevitable citar las ya *clásicas fuerzas motrices de la evolución* de AKERMAN, las cuales rebasan el campo concreto de la actividad laboral a que nos hemos circunscrito. Sin embargo, como acertadamente dice ANDRÉ MARCHAL, las ocho fuerzas principales enumeradas por aquel autor pueden reducirse a las tres primeras como las únicas verdaderamente autónomas y que son: la técnica, la población y el movimiento de las ideas. Todas ellas, como vemos, guardan una estrecha relación con el factor laboral.

Agrupando a continuación los varios aspectos señalados por diversos autores y desarrollando sistemáticamente nuestro punto de vista podríamos cifrar los determinantes de la capacidad laboral, condicionantes a su vez del desarrollo económico, en cinco magnitudes clave operativas que con los modernos recursos de la ciencia pueden ser susceptibles de formulación matemática, especificación y medición estadística, y que son:

1.º La propensión al trabajo, disposición al esfuerzo productivo o

(2) A. P. USHER: «Capital Formation and Economic Growth». Princeton, 1956.

(1) W. W. ROSTOW: «The process of economic Growth». New York, 1952.

estímulo productor, expresable por el volumen de oferta de trabajo para cuotas sucesivas de salarios, lo que está en proporción inversa a la desutilidad marginal de la ocupación.

2.º Laboriosidad o intensidad de trabajo, correspondiente a la productividad horaria del mismo para cada nivel de capitalización dado, incluidos los tiempos de formación o aprendizaje.

3.º Capacidad de organización o aptitud para la coordinación, determinable por el grado de especialización, sentido de la colaboración, dimensión de las explotaciones e intensidad asociativa.

4.º Tendencia innovadora, expresada por la velocidad de renovación del equipo para cada nivel de renta, número de patentes de inventos y descubrimientos, dependencia de la técnica extranjera y plazo de adopción de nuevas técnicas.

5.º Estabilidad institucional, expresada por la solidez, diversidad armónica y adaptabilidad dinámica de las corporaciones, entidades y agrupaciones que canalizan las distintas manifestaciones de la vida social.

\* \* \*

Aunque esta enumeración tiene carácter sintético todavía podemos hacer un esfuerzo para lograr mayor concreción buscando el denominador común de las diversas manifestaciones apuntadas. Así vemos, inmediatamente, que tal factor común habrá de radicar —puesto que en definitiva se trata de hechos humanos— en las actitudes de la colectividad, de una colectividad compuesta por individuos pero que es algo más que mera suma de individuos. Desembocamos, por lo tanto, en el problema psico-social de la conducta. En esta línea se han situado ya algunos modernos tratadistas, por ejemplo, MOCKERS (1), quien refiriéndose a las relaciones entre el crecimiento y la transformación de las estructuras afirma que «los progresos recientes de la ciencia económica nos han mostrado que estas relaciones pueden ser consideradas bajo un aspecto privilegiado, el de los comportamientos: los comportamientos de los grupos económicos determinan a la vez la evolución de los flujos y las transformaciones de los grupos mismos. La teoría del crecimiento que hasta ahora se ha conformado con señalar exclusivamente relaciones muy generales del tipo Harrod-Domar, se va extendiendo progresivamente hacia una teoría general de la transformación de las estructuras en cuyo centro en-

(1) I. P. MOCMERS: «Dynamique et Structures». París, 1966.

contramos una tipología de los comportamientos y de los grupos económicos».

Al profundizar en esta tipología aparece la necesidad de estratificar el conjunto social ponderando la influencia de cada estrato para deducir las transformaciones que han de operarse en las sucesivas etapas del camino hacia el desarrollo económico. A título de ejemplo, refiriéndonos a uno de los grupos más definidos y relevantes veremos que entre los cambios necesarios de las actitudes figuran los que se deben operar en la mentalidad empresarial, pues no basta la condición previa de que haya un número suficiente de personas dispuestas a la asunción de los riesgos que la actividad empresarial entraña; hace falta, además, una actitud flexible e innovadora que promueva la incesante adaptación evolutiva. Es insuficiente la aceptación de riesgos a corto plazo o meramente especulativos; la expansión industrial impone el manejo de expectativas a largo plazo racionalmente programadas y metódicamente realizadas. Cuando la actividad promotora tiene un signo preponderantemente comercial o insuficientemente industrial, por buscarse un beneficio inmediato y fácil, el desarrollo es artificial e inestable, como ha sucedido en algunos países hispanoamericanos y, en cierta medida, también en España.

Otros muchos ejemplos podrían ponerse para aclarar dónde radica la esencia del desarrollo. Todos nos pondrían de manifiesto que el motor primordial es el factor humano, puesto de manifiesto en las actitudes de comportamiento respecto a las dos etapas sucesivas de la actividad humana, programación y realización, pues como dice PERROUX (1), «para hacer un plan son necesarios hombres que lo conciban y lo establezcan; para realizarlo hacen falta hombres que animen a la población y una población capaz de ser animada». Lo cual nos lleva a la conclusión de que «el desarrollo es la combinación de los cambios mentales de una población que la capacitan para hacer crecer, acumulativa y duraderamente, su producto real global».

\* \* \*

Ahora, el afán de una mayor simplificación —recordemos que como NEWTON afirmaba la sencillez es la característica de la verdad— nos lleva a preguntarnos, ¿qué hay detrás de esos cambios sociales y mentales? ¿Cuál es la entraña de la conducta social?

A mí no se me ocurre un concepto más amplio y al mismo tiempo

(1) FRANCOIS PERROUX: «La Economía del Siglo XX». Barcelona, 1964.

conciso que aquel expresivo de la unidad personal humana en la diversidad de sus componentes y que es el punto de confluencia entre los universos social e individual: la cultura. La cultura es, pues, la fuerza propulsora de la dinámica estructural y ésta a su vez la condición necesaria del desarrollo económico.

Después de esta rotunda afirmación con aparentes pretensiones dogmáticas, y consecuentes con nuestro propósito de aportar alguna prueba objetiva a cada una de las conclusiones, expondremos dos hechos escuetos, uno estadístico y otro histórico.

El notable economista KINDLEBERGER (2) ha estudiado la relación entre la renta per cápita de gran número de países, por un lado, y varios factores de muy distinta naturaleza, por otro. En el conjunto de estas comparaciones se aprecia la correlación clara y manifiesta que se da entre el nivel de subdesarrollo económico y aquellos factores expresivos del nivel cultural, como son el porcentaje de población analfabeta y el de la población activa dedicada a las actividades primarias. Circunstancia que viene confirmada por el hecho comprobable de que los polos de desarrollo sólo adquieren la plena consideración de tales, es decir, de núcleos de integración y difusión que promueven el subsiguiente desarrollo de la zona sobre la que ejercen influencia, cuando además de polos económicos son auténticos polos culturales.

Otra prueba de la acción decisiva que los factores culturales ejercen sobre el desarrollo económico es la irreversibilidad de este proceso. Cuando se ha alcanzado un alto grado de madurez cultural —puesto de manifiesto en la perfección de las superestructuras— un país no retrocede en su nivel material, salvo las grandes transformaciones históricas seculares, aún cuando surjan circunstancias económicas decididamente adversas. Y ello sucede porque poseyendo el sustrato cultural necesario para la prosperidad se niega rotundamente a descender y está dispuesto a mantener, a todo trance, al menos el nivel de vida a que tras grandes esfuerzos se había acostumbrado y que es considerado, social e individualmente, adecuado y posible. Los ejemplos son numerosos, pero refiriéndonos solamente a los más próximos y relevantes vemos cómo Inglaterra y Alemania, a pesar de perder como consecuencia de la última guerra mundial, la una gran parte de sus dominios, la otra gran parte de sus recursos instrumentales y humanos, sin embargo han continuado manteniendo índices de producción y bienestar de los más elevados y puestos destacados en el concierto económico mundial.

(2) CHARLES P. KINDLEBERGER: «Economic Development». New York, 1958.

Como corolario inmediato de todo lo anterior podemos ahora señalar que el desarrollo económico no es un proceso accidental y pasajero que pueda ser realizado mediante retoques parciales. Es un problema total y persistente que afecta a la entraña del cuerpo social; y en esta esencialidad evolutiva adquiere su más genuina expresión como fenómeno prioritario del actual acontecer humano cuyo correcto encaje científico exige la atribución de una denominación adecuada a sus dos rasgos característicos: dinámica estructural.

También podemos deducir de la propia naturaleza del fenómeno de la dinámica estructural que el esfuerzo para el desarrollo en cuanto hecho sustancialmente humano, es una tarea difícil y dura que exige de nosotros la perseverancia entusiasta de quienes sólo pueden concebir la vida como un permanente volver a empezar; de quienes no se resignan a la mera conservación o estancamiento, a la inferioridad y al sometimiento que esta inferioridad lleva consigo; de quienes responden plenamente a su racional condición humana cumpliendo la consigna que Dios señaló de una vez y para siempre a los primeros pobladores: «Ocupad la Tierra y dominadla» (2). Esta Tierra que es nuestro patrimonio material sobre el cual hemos de forjar el patrimonio moral de los valores en un mundo desorientado e indeciso, como es el actual, en el que todavía nuestra joven «vieja Europa» puede levantar la antorcha que alumbre a la civilización, ya que como asegura LEBRET (1), «entre el infantilismo soviético y la falta de madurez americana, Europa hace brotar los gérmenes de un humanismo renovado que ya poseen sus élites intelectuales y espirituales y que anima a la mayor parte de sus juventudes. Ella sola puede realizar, cuando termine su evolución hacia el amor desinteresado, la síntesis de las disciplinas científicas que versan sobre el hombre».

Así llegamos, finalmente, a la perspectiva que se abre ante los españoles: conjuntar sus esfuerzos para perfeccionar las estructuras y acelerar un desarrollo económico ya iniciado, hasta alcanzar los niveles de los países más avanzados de Europa e integrarse plenamente en esta Europa a la que debe corresponder la misión de orientar al mundo hambriento hacia los cauces de la superación, ayudando a los países menos evolucionados a lograr unas condiciones de vida decorosas y dignas, como etapa indispensable para conseguir el equilibrio mundial, la comunidad auténtica entre los pueblos del mundo que debe ser la máxima aspiración, en el orden social, para todos los hombres de buena voluntad.

(2) Génesis, I, 24-31.

(1) LOUIS JOSEPH LEBRET: «Dinámica concreta del Desarrollo». Barcelona, 1966.





# DISCURSO DE CONTESTACION

POR EL ACADÉMICO NUMERARIO

ILMO. SR. DON ROBERTO GARCIA CAIRO



Excmos. e Ilmos. Sres.,  
Señoras y Señores:

Contestar a un discurso de ingreso en la Academia constituye un honor y asimismo un deber, previsto en el Reglamento de esta Real Corporación. Deber sumamente grato, en todo caso, y en éste de un modo particular para mí, tanto por la excelente sistematización y contenido del discurso, como por la condición de amistad que me une desde hace años al recipiendario, el Ilmo. Sr. Dr. Don ANTONIO VERDU SANTURDE.

Tratándose de tan buen amigo y compañero me consta que, al hacer ahora un resumen de sus títulos académicos y de sus méritos profesionales y docentes, que avalaron en su día su propuesta de ingreso en esta Docta Corporación, voy a ofender su natural modestia, pero debo remitirme al aludido Reglamento y cumplir por lo tanto con lo previsto en el mismo.

El Dr. VERDU está en posesión de los títulos de Profesor e Intendente Mercantil y es asimismo Licenciado en Ciencias Políticas y Económicas, habiendo obtenido el grado de Doctor por dicha Facultad, con la calificación de Sobresaliente «cum laude».

Ha concurrido a diversas oposiciones con brillantes resultados, destacando entre ellas la de ingreso en el Cuerpo de Intendentes al Servicio de la Hacienda Pública.

Ha realizado una intensa labor docente a través de su participación en numerosos cursos y seminarios, así como el desempeño de diversos cargos como son el de Profesor de la Escuela Central Superior de Comercio, Director del Instituto de Graduados Mercantiles y Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales. En la actualidad es Profesor Adjunto de Estructura e Instituciones Económicas y Profesor Encargado de la Cátedra de «Organización Económica Internacional» en la Facultad de Ciencias Económicas de esta Universidad de Barcelona.

Ha pertenecido a diversas Entidades Culturales y Profesionales. Entre estas últimas figura el Instituto de Censores Jurados de Cuentas de España en el cual ingresó mediante la correspondiente oposición. También pertenece a la Academia de Doctores del Distrito Universitario de Barcelona como Académico de número.

En el orden profesional ha realizado múltiples actividades, entre ellas el ejercicio de la profesión de Asesor de Empresas, habiendo, posteriormente, desempeñado los cargos de Secretario Técnico del Consejo Superior de Colegios de Titulares Mercantiles, el de Intendente de Hacienda en diversas Delegaciones de España y el de Presidente de la Junta Provincial de Banca en las Provincias de Lugo y Santander.

Ha formado parte de diversas comisiones técnicas dependientes de los Ministerios de Hacienda y de Educación y Ciencia, y ha participado en numerosas Asambleas y Congresos, nacionales e internacionales.

Exponente de su dedicación a las Ciencias Económicas es el gran número de Conferencias pronunciadas en muy diversos Centros, especialmente en las Escuelas Superiores de Comercio, la Unievrnsidad y Cámaras de Industria y Comercio.

Ha publicado asimismo numerosos Trabajos, entre los cuales figuran los titulados:

- «Función Social de la Empresa Mercantil».
- «Estructura Económica de España».
- «Resumen de la Situación Económica».
- «Los Sistemas Estimativos Tributarios».
- «Planteamiento estructural de la Economía Española como consecuencia del Plan de Desarrollo Económico y Social».

También ha colaborado con artículos, comentarios y recensiones en diversas Revistas Técnicas, como «De Economía», «Impuestos de la Hacienda Pública», «Técnica Económica», etc., etc.

Pero, además de los títulos y méritos, más que sobrados, que adornan la personalidad del recipiendario, yo quiero destacar en él ciertas virtudes, por las que no se expiden diplomas: su extraordinaria vocación en el campo de la investigación económica y su enorme capacidad de trabajo, las cuales unidas a su indudable preparación científica y a su manifiesta juventud, hacen concebir fundadas esperanzas de que su ingreso en esta Real Academia ha de suponer una notable contribución al logro de los altos fines que la misma tiene señalados.

El Discurso que acabamos de escuchar es suficiente, por sí solo, para transformar en realidades las esperanzas a las que ahora nos referíamos y estamos seguros de que al publicarse, su lectura tranquila y meditada aumentará, si cabe, el inmejorable concepto que les habrá producido el trabajo del Profesor VERDU.

El tema es de palpitante actualidad y uno de sus mayores aciertos en su planteamiento inicial, lo constituye —en mi opinión— el hecho de que su autor aborda la sutil tarea de establecer la correlación entre dos fenómenos sustancialmente análogos, pero formalmente distintos: el desarrollo económico y la dinámica estructural. La novedad del problema del desarrollo económico en el campo científico y la prolífica literatura que se ha producido sobre el tema hacen sumamente difícil desbrozar el intrincado terreno que abarca. Tanto los hechos, como sus teorías explicativas, se han acumulado con tal rapidez que apenas ha quedado tiempo para elaborar un cuerpo esquemático de doctrina lo suficientemente sólido. Por eso, es necesario un planteamiento previo general que sitúe el desarrollo en su adecuado lugar dentro del marco de la problemática económica. Ello requiere, como nos ha expuesto el nuevo Académico, una clara determinación del concepto, diferenciándolo de otros análogos para destacar su contenido relativista y su novedad dentro del panorama de las preocupaciones sociales, en cuanto producto de un proceso histórico que ha cristalizado en la etapa iniciada por el mundo a partir de la terminación de la Segunda Guerra Mundial.

La confirmación de sus primeras conclusiones, las busca el Dr. VERDU en el campo de la realidad socio-económica mediante la exposición de unas cifras, escuetas pero concluyentes, que nos muestran cómo se obtiene y distribuye la Renta Mundial y que nos llevan, al situarnos en el plano causal, ante el dilema filosófico del determinismo en su aplicación a la esfera económica, para ir a parar, salvado este escollo, al fenómeno del sub-desarrollo que es analizado de manera sintética y precisa a través de sus principales manifestaciones particulares y generales.

Si bien no se entra en las cuestiones específicas del desarrollo sin inflación —que exigen un tratamiento aparte—, se hace referencia concisa a una de las consecuencias más debatidas del desarrollo, que es analizada en torno a la llamada inflación estructural. Esta cuestión, en la que confluyen la política monetaria con la de rentas y de producción, forma, junto con el análisis de las relaciones económicas internacionales, los dos pilares básicos de la teoría económica del desarrollo. Por eso nos llamó inicialmente la atención la ausencia de una referencia específica al mencionado aspecto de las relaciones exteriores, si bien com-

prendimos luego que tal ausencia está plenamente justificada por la excesiva amplitud que habría dado al discurso y respecto a la cual, por lo demás, es obvia la autoridad del recipiendario puesto que coincide con una disciplina que profesa en sus actividades universitarias.

Aunque el discurso que acabamos de escuchar podría haber eludido, sin merma de su interés, la siempre comprometida adopción de posturas definidas, vemos que después de un estudio crítico de los factores determinantes del desarrollo y de los caminos que a él conducen, se llega a señalar de manera concisa, en opinión del nuevo Académico, las fuerzas generadoras básicas, dentro de la multitud de aquellas que han sido propuestas por los incontables autores que hasta ahora se han ocupado del tema.

En este sentido, se empieza por identificar, después de aportadas las oportunas demostraciones, el desarrollo con la dinámica estructural, pasándose seguidamente a precisar que las estructuras más decisivamente determinantes son las que giran en torno a la fuerza laboral o factor humano, el cual es evidenciado mediante las actitudes y conductas del conjunto social; con lo cual se acepta, aunque sólo parcialmente, algunas tendencias de la escuela estructuralista francesa que concede singular importancia al comportamiento de los grupos, dentro del marco de los elementos operantes en el proceso de desarrollo económico.

El deseo de una mayor especificación ante la intrincada variedad de los aspectos integrantes del factor humano o el comportamiento, conduce, por último, al señalamiento de un elemento al que se otorga el rango de fundamental en la promoción del desarrollo: la cultura. Esta posición culturalista implica, a su vez, el reconocimiento del desarrollo como un problema de carácter esencial consistente en la reforma permanente y profunda de las estructuras y que, en el orden teleológico, debe estar proyectada al plano mundial mediante la colaboración espontánea y pacífica de todos los pueblos.

Y al llegar a este punto es casi inevitable traer a colación las grandes analogías que existen entre las ideas fundamentales del discurso que es objeto de nuestra disertación y la reciente Encíclica «*Populorum Progressio*», analogía que es tanto más singular por cuanto el discurso fue redactado cuando dicha Encíclica aún no había visto la luz. En ella se aprecia, en primer lugar, la evidente primacía concedida al tema de que nos venimos ocupando, el desarrollo, respecto al cual después de dejar sentado que «en los designios de Dios cada hombre está llamado a desarrollarse, porque toda vida es una vocación», afirma que se pretende hacer una llamada «a todos los hombres de buena voluntad conscientes de

que el camino de la Paz pasa por el desarrollo». Cuando la Encíclica establece el contenido del desarrollo se muestra claramente la coincidencia ya señalada anteriormente, pues partiendo del hecho de que «los cambios son necesarios, las reformas profundas son indispensables», llega a la conclusión de que «el desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico. Para ser auténtico debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre».

La tendencia universalista que es una de las notas dominantes en el discurso del Dr. VERDU tiene amplia acogida en la Encíclica, la cual advierte que «no se trata sólo de vencer al hambre, ni siquiera de hacer retroceder la pobreza. Se trata de construir un mundo donde todo hombre, sin excepción de raza, religión o nacionalidad, pueda vivir una vida plenamente humana», e insiste en que «el desarrollo integral del hombre no puede darse sin el desarrollo solidario de la Humanidad» para señalar taxativamente que «los pueblos ya desarrollados tienen la obligación gravísima de ayudar a los países en vía de desarrollo» porque «muchos hombres sufren y aumenta la distancia que separa el progreso de los unos del estancamiento y aún retroceso de los otros».

En resumen, creemos que el docto trabajo del nuevo Académico, constituye una interesantísima y novedosa aportación a este sector de la investigación económica, que contribuirá a no dudarlo, a encontrar soluciones armónicas a los importantes problemas planteados, que tanto preocupan, no sólo a los economistas, sino a todos los dirigentes responsables del mundo actual.

Finalmente, damos la más cordial bienvenida al Dr. VERDU al seno de esta Corporación, deseándole los mayores éxitos.





